

## Prólogo

**D**amas y caballeros —anuncia una voz tersa—, nos han autorizado a aterrizar en el Aeropuerto Internacional Ben Gurión.

El avión comienza su descenso hacia Tel Aviv. Yo había pensado dedicar el último tramo del viaje a prepararme para las horas y los días que tenía por delante. En cambio, me arrastran los recuerdos y apenas me doy cuenta del vuelo de cuarenta y cinco minutos desde Chipre. Ahora la leve ansiedad que sentí durante toda la semana crece progresivamente, hasta transformarse en pánico. Ésta es la tierra que, durante cinco décadas, he visitado sólo en sueños. Me sorprende advertir que mis manos están temblando. Para aquietarlas, las ahueco sobre mis ojos y presiono mi frente contra la ventanilla diminuta y fría, intentando distinguir cualquier cosa allá abajo —un lugar conocido, la ladera de un monte, el resplandor de cien lámparas de aceite en las ventanas de cien casas de piedra, arrojando una luz suave sobre una antigua aldea árabe—. Pero estamos en 1998, no en 1948; nada es igual.

Me vuelvo hacia mi hija Ruba e intento parecer sereno.

—*Baba* —canturrea—, todo saldrá bien. Hace tantos años que quieres hacer esto... Llegó la hora de hacerlo; hace tiempo.

La nave rebota con fuerza sobre la pista, y las llantas chirrían sobre el asfalto. Me acomodo, aferrándome a los reposabrazos. A medida que el avión reduce la velocidad, me relajo, respiro hondo y advierto el rostro de Ruba, que sigue agobiado por la preocupación.

—Estoy bien, *habibti* —le digo.

—Por supuesto que sí, *baba*.

Recogemos nuestras pertenencias y esperamos. Un silencio expectante se instala en la cabina. Examino a mis compañeros de viaje. Aunque no puedo estar seguro, asumo que la mayoría —si no todos— son judíos. Mientras asiento con la cabeza y sonrío cortésmente a las personas cuyas miradas se cruzan con la mía, tengo ganas de decirles: «Soy palestino, no judío. Mi llegada a Israel no me hará llorar de alegría, como les hará llorar a ustedes. Las lágrimas que derrame serán lágrimas de dolor —por mi familia, que tuvo que huir de nuestra casa, de nuestro pueblo, de nuestro país, para que ustedes pudieran convertirlo en su hogar». Y sin embargo, estoy tan cansado de esta lucha que ya lleva toda la vida...; hoy sólo quiero recordar la vida tal como fue.

\*\*\*

—¿Pasaportes?

Le entrego nuestros pasaportes americanos a la mujer de cabello oscuro en la ventanilla de inmigración. Levanta la mirada luego de advertir nuestros nombres árabes. Antes de que alcance el sello, tapo los pasaportes con mi mano.

—No los selle.

Ella me mira extrañada.

—Por favor —añado.

Un sello israelí me impediría automáticamente entrar en muchos países árabes donde hago negocios. Aún más importante, no aguantaría llevar la palabra *Israel* sellada allí.

La joven asiente, sin decir palabra, y desliza unos papeles en nuestros pasaportes en lugar de sellarlos. Luego llama a un joven uniformado que se encuentra allí cerca, de pie, y le entrega los documentos.

Con la fría imparcialidad de un científico, los observa, y luego levanta la mirada y me mira:

—Necesito algunos minutos de su tiempo. Sus pasaportes estarán a salvo aquí. Por favor, traigan sus maletas y acérquense por aquí.

Le hago una seña a Ruba con la cabeza para que me siga. Cuando estamos lo suficientemente lejos para no ser oídos, me suplica:

—*Baba*, ¿por qué nos retiene los pasaportes? ¿Qué quiere... Interrogarnos?

—No te preocupes —le digo—. Estoy seguro de que es sólo cuestión de rutina.

—Vengan conmigo —dice con tono hosco, dirigiéndose a nosotros como si fuéramos sospechosos, en lugar de turistas.

Ruba se queda inmóvil, con los ojos abiertos. Los restantes pasajeros han continuado, sin mayores contratiempos; pero los restantes pasajeros no son árabes palestinos que vuelven a casa, a lo que es ahora un Estado judío.

—Estaremos bien —insisto, tomándole el brazo.

Lo seguimos por un corredor bien lustrado y entramos en una oficina revestida de archivos grises. Traslada nuestras maletas a otra sala y vuelve, con la misma mueca

apretada. Hojeando nuestros pasaportes en silencio, estudia con detenimiento el mío, grueso de tantas hojas añadidas. Cambia el peso de un pie a otro e inhala, frotando su nariz constantemente, mientras escudriña los sellos de diferentes partes del mundo, incluyendo varios países árabes.

—¿Ustedes son americanos? —pregunta finalmente con un acento que no reconozco.

Asiento con la cabeza. «Teníamos que establecernos en algún lugar», pienso.

—¿Y el motivo por el cual visita Israel?

—Mi hija y yo estamos visitando Oriente Medio.

Levanta la mirada, mientras su cabeza sigue agachada.

—Sí —responde de manera seca—. Pero ¿por qué *específicamente* Israel?

—Nací aquí —«A diferencia de usted», pienso.

Me dirige una mirada de desconfianza.

—¿Y el motivo de su regreso?

—Para ver mi hogar. Para llevarle fotografías a mi madre. Ella querrá ver cómo ha cambiado Palestina desde que... se fue.

—Le recuerdo que está en Israel, no en Palestina.

Nuestras miradas se cruzan y tardo en apartar la mía. Con esas pocas palabras ha sintetizado mi vida, y sospecho que lo sabe. Ahora se le ve incómodo, baja la vista de nuevo y retoma el juego del interrogatorio.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse?

—Una semana.

«Me quedaría para siempre, si el Gobierno israelí me lo permitiera», pienso.

—¿Dónde se alojarán?

—En hoteles, hostales.

—¿Tienen reservas y comprobantes de los mismos?

—Reservas. Ningún comprobante de los mismos —añado sarcásticamente. Mi paciencia se está agotando. Tengo ganas de decirle que he dedicado los últimos veinte años de mi vida a trabajar para restaurar las castigadas relaciones árabe-judías —para lo cual he asumido riesgos importantes—, pero me doy cuenta de que ello no significaría demasiado para él.

—¿Tiene parientes que viven aquí? —continúa preguntando.

—Ahora no.

—¿Amigos?

Niego con la cabeza, mintiendo.

Respira hondo y está comenzando a formular la siguiente pregunta cuando lo interrumpe el sonido áspero de una joven oficial que arrastra nuestras maletas al entrar en la sala. Ella le hace un gesto con la cabeza sin hablar y él nos devuelve las maletas a través de una ranura en el mostrador.

—¿Parece que no han encontrado nada incriminatorio en nuestras maletas? —pregunto.

—Bienvenidos a Israel —dice con el ceño fruncido, mientras nos devuelve los pasaportes.

—Vaya bienvenida —dispara Ruba indignada, mientras volvemos por el pasillo.

—Ruba, tendremos que adaptarnos, *habibti*. Sabíamos antes de venir que seríamos enemigos en nuestra propia tierra.

Hacemos una parada en la oficina de Hertz y esperamos el coche de alquiler. Ruba se sube a un banco, ajustando su sudadera color marfil y ciñéndose los auriculares del CD sobre el brillante cabello castaño, que le llega a la barbilla. De repente, sin saber qué hacer, salgo al exterior para tomar

aire. Estamos a finales de mayo y una ráfaga de aire fresco del Mediterráneo viene a mi encuentro: reconozco el olor a sal.

Echo un vistazo a la bandera azul y blanca israelí, que se agita al viento.

Menos de diez minutos después, introduzco nuestras maletas en el maletero del vehículo de alquiler. Examinó el mapa para comprobar el camino que se dirige al norte, en dirección a mi lugar de nacimiento, Akka —Akko en el mapa—, que los americanos llaman Acre. Todo está en hebreo o en inglés.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Galilea, *baba*? —pregunta Ruba, y se afloja la tensión.

*Galilea*. «Qué palabra mágica», pienso. ¿Cuánta gente puede decir que fue criada en un lugar así?

—Dos o tres horas —le digo—. Relájate. Intenta dormir, si puedes.

—¿Dormir? ¿Mi primera noche aquí?

Me pongo contento. Demasiado tiempo solo sería doloroso. Damos vueltas por Tel Aviv hasta que empalmamos con el tráfico denso de la autopista.

—¿*Baba*?

—¿Qué, Ruba?

—¿Me cuentas tu historia? ¿Me cuentas cómo llegaste a ser un refugiado?

—¿A qué te refieres? Conoces mi historia.

—No, *baba*, no es cierto. Sólo me entero de los días de gloria. Lo maravillosa que era la vida de niño en Palestina, lo hermosa que era tu casa, lo deliciosa que era la fruta que cultivaban en tus tierras. Nada sobre ti, sobre tus hermanos o hermanas, sobre por qué te fuiste. Sólo tengo una certeza: soy palestina, nacida a muchos kilómetros de Palestina.

—Ruba, por favor, olvídalo. Estoy tan contento de regresar a casa, aunque sólo sea por una breve semana. Sólo déjame recordar, de la manera en que yo quiero recordar...

—*Baba*, ¿acaso no te das cuenta? —insiste—. Yo también he llegado a casa, a casa por primera vez. Y necesito conocer tu historia, porque también es mi historia. Por favor, cuéntamela. Cuéntame todo lo que recuerdes.

Finalmente comprendo la dolorosa necesidad que tiene de pertenecer a una tierra, a un pueblo. Quitándome las gafas, intento frotar el cansancio de mis ojos.

—Está bien, Ruba. No empieza donde tú crees que empieza, con los judíos emigrando a Palestina. La historia de nuestra familia comienza con mi padre, tu abuelo Kamel, y su terca esperanza de que Palestina fuera independiente. Comienza cuando él era un adolescente y Palestina era el dedo más pequeño y menos poderoso de la mano del gigante Imperio Otomano.

